

## LXXXVIII

—¿Viene usted á cobrar también su asignación, señora Quémeneur?

—¿También usted, señora Kerdoncuff?

—¿Dónde navega ahora su marido de usted, señora Quémeneur?

—En China, señora Kerdoncuff; en el buque *Kerguelen*.

—También el mío, señora Quémeneur, viaja por allá, en el buque *La Venus*.

Este dúo se canta, por dos voces de falsete de sorprendentes tonalidades, en la calle de *Las Bóvedas*, en Brest, bajo una lluvia menuda y fría.

La calle de Las Bóvedas está llena de mujeres que esperan allí desde por la mañana, á la puerta de un edificio granítico bastante feo: *Caja de los marineros*. Mujeres de Brest, á quienes la lluvia fría ya no impresiona, hablan alegremente, con los pies en el agua, oprimidas contra las ta-

pias de la callejuela triste, bajo la niebla gris.

Es el primer día del trimestre. Forman cola para ser pagadas; ¡ya era tiempo! El dinero faltaba en todos aquellos alojamientos oscuros de la gran ciudad.

Mujeres cuyos maridos navegan muy lejos, van á cobrar su asignación: el sueldo que sus maridos les dejan de lo que ellos ganan.

Después irán á bebérselo. Existe allí, enfrente, una taberna que han establecido ex profeso. Se titula *A la madre de familia*, en casa de la señora de Pétavin. En Brest suelen llamar á este establecimiento *Taberna de la asignación*.

Conforme la hora se aproxima, la muchedumbre de las borrachas aumenta. La caja está sitiada; hay ya contestaciones agrías á la puerta, que se abre por último.

María, la mujer de Ives, está allí también, entre aquella confusión inmunda, teniendo á Periquillo cogido de la mano. Un poco triste, algo tímida, porque experimenta un vago terror de todas aquellas mujeres, deja pasar á las que parecen más impacientes y se recuesta sobre la pared, hacia el lado por donde llega menos la lluvia.

—Éntre usted, señorita, en vez de dejar que se moje de esa manera ese precioso niño.

Habla la señora Pétavin, que acaba de presentarse en la puerta de su tienda, sonriendo amablemente.

—¿Quiere usted que la sirvan algo? ¿Un poco del dulce?

—¡Oh, muchas gracias! No bebo, dijo María, que, viendo la taberna casi vacía, ha entrado, por temor de que su hijo se resfríe. Pero si molesto...

Seguramente no; María no molestaba en manera alguna á la señora Pétavin, que era de suyo bondadosa y que la hizo sentar.

He aquí á la señora Quémeneur y á la señora Kendorcuff, las primeras que han cobrado, que entran, cierran sus paraguas y toman asiento.

La señora Quémeneur, de cara achatada, de grandes mandíbulas y vientre abultado, lleva un impermeable de hule y un gorro de tul con adornos azules.

La señora Kerdoncuff, enfermiza, verdusca, enseña un rostro delgado bajo un sombrero adornado de dos rosas con su follaje correspondiente.

—Señora, señora, ponga usted un *cuartillo* en dos copas.

—Es inútil decir de qué es el *cuartillo*: de aguardiente se trata, y de lo más fuerte.

Estas señoras continúan su conversación.

—Entonces, ¿qué hace su marido de usted en el *Kerguelen*, señora Quémeneur?

—Es jefe de gavia, señora Kerdoncuff.

—También el mío es jefe de gavia, señora Quémeneur. ¡Oh! Las mujeres de dos jefes bien pueden beber juntas. ¡A la salud de usted, pues, Victorial!

Estas señoras ya se llaman por los nombres de pila: las copas se desocupan.

María vuelve hacia ellas su mirada serena; examínalas con curiosidad, como se hace con los animales en las granjas. Después experimenta deseos de salir; pero sigue lloviendo á cántaros, y en la puerta de la caja hay mucha gente todavía.

—¡A la salud de usted, Victorial!

—¡A la de usted, Francisca!

Vamos, el litro pasará.

Estas señoras se confían sus apurillos. Es muy difícil llegar desde el uno al otro extremo del trimestre. Pero ¿qué se ha de hacer? ¡Bah! El panadero ya podrá esperar al trimestre próximo. El carnicero, vamos, al carnicero se le entregará una cantidad á buena cuenta. Hoy, en día de paga, ¿cómo no se ha de alegrar una un poco?

—Yo, sin embargo, dice la señora Kerdoncuff

con una sonrisa de coquetería llena de reticencias maliciosas, no soy muy desgraciada, porque tengo un *veterano* á quien alquilo un cuarto amueblado, y que es contramaestre en el puerto.

Está comprendido; sonrisa parecida ilumina el rostro chato de la señora Quémeneur.

—Vamos, como yo: yo tengo un furriel; ¡á tu salud, Francisca! (Estas señoras se tutean). Es muy amable mi furriel... ¡si tú supieras!...

Y con esto queda abierto el capítulo de las íntimas confianzas.

María Kermadec se levanta. ¿Ha comprendido bien? Muchas de aquellas palabras le son desconocidas, de seguro; pero el sentido es transparente, y los ademanes y gestos lo aclaran más. ¿Existen realmente en el mundo mujeres que puedan decir esas cosas? María sale de allí, sin volver la cabeza, sin dar las gracias, roja de vergüenza, y conociendo que toda su sangre se le ha subido á las mejillas.

—¿Has visto á ésa? ¿Qué mosca le habrá picado?

—¡Bah! Es una aldeana. Todavía lleva cofia de Bannalec, que ya no se estila por el mundo.

—¡A tu salud, Victoria!

La taberna se llena; á la puerta se cierran los

paraguas, se sacuden los impermeables, todas las señoras entran; circulan los litros.

En el hogar hay niños que lloran, chiquillos macilentos que tienen hambre y frío... ¿qué importa? Es día de paga: ¡á tu salud, Francisca!

Cuando María estuvo en la calle, divisó un grupo de mujeres con gran cofia que habían permanecido apartadas para que pasase el alud de las desvergonzadas: fuese inmediatamente á tomar sitio á su lado, para encontrarse en honrada compañía. Había entre ellas ancianas de las aldeas que habían venido á cobrar la asignación dejada por sus hijos y que permanecían bajo sus paraguas de algodón, con el semblante digno y serio que las aldeanas adoptan generalmente en la ciudad.

Esperando su vez, trabó conversación con una anciana de Kermazeáu, que le contó la historia de su hijo, artillero de *La Astrea*. Parece que en sus primeros años había sido algo loco, lo mismo que Ives; pero con los años había ido arreglándose; nunca debía desesperarse de los marineros.

De todas suertes, en su indignación contra las mujeres de Brest, María había adoptado una determinación: marcharse á Toulven á toda costa y, si era posible, al día siguiente.

Ya en su casa, púsose á escribir á Ives una carta extensa y razonada, explicándole las causas de su resolución. Es verdad que el alquiler de la Recouvrance corría aún durante tres meses, y la casita de Toulven tardaría mucho en estar acabada; pero ella ahorraría todo eso á fuerza de economías y de trabajo. Ella repasaría ropas, encañonaría las grandes gorgueras de sus paisanas, trabajo muy difícil, pero que ella sabía hacer perfectamente, empleando un juego de cañas muy finas

Contó en seguida, en aquella carta, las cosas nuevas que Periquillo sabía decir y hacer; puso además, en términos sencillos, su ternura por el esto ausente: agregó un mechón de cabellos de una cabeza negra é inquieta; después encerró todo en un sobre, y escribió:

«Al señor *Kermadec* (Ives), jefe de gavia á bordo del *Primauguet*, en los mares del Sur; al cónsul de Francia en Panamá, para que la envíe en busca del navío.»

¡Pobre carta! ¡Quién sabe! Quizá llegue. No es imposible; llegan algunas. Dentro de cinco meses... de diez meses... toda manchada y cubierta de sellos americanos... llegará tal vez para llevar á Ives el profundo amor de su mujer y los cabellos negros de su hijo.

## LXXXIX

Mayo de 1882.

...Aquella tarde, en las soledades australes, había comenzado á gemir el viento. En las inmensidades movibles en que se hallaba el *Primauguet* veíanse correr unas en pos de otras, grandes olas de un azul oscuro. La brisa era húmeda y daba frío.

Abajo, en el entrepuente, La Hir, el idiota, se apresuraba para amortajar, antes de que la noche llegase, un cadáver en trozos de lona gris, que eran restos de velas.

Ives y Barrada, de pie, le miraban con horror. Estaban obligados á permanecer cerca de él en una reducida cámara mortuoria que se había improvisado con otras velas extendidas; cámara cuya entrada guardaba un artillero, empuñando el sable de abordaje.

Barazère era el que amortajaban en aquellos trozos de lona. Acababa de morir de una enfer-

medad contraída en Argel en una noche de crápula. Muchas veces se le había creído completamente curado; pero el veneno invencible permanecía en la sangre y reaparecía siempre; hasta que venció. Los últimos días, Barazère había estado cubierto de llagas repugnantes: sus amigos no se acercaban á él.

La Hir era quien le amortajaba; los otros habían rehusado, por miedo al contagio.

La Hir había aceptado, por *dos cuartillos* de vino que le habían prometido.

El balanceo le movía, y le molestaba en su tarea, y La Hir se impacientaba esperando el vino que iba á beber.

Primeramente los pies; habíasele recomendado que los cosiera bien, por la bala que se les ata para que el cadáver vaya á fondo. En seguida cosía subiéndolo á lo largo de las piernas; ya no se veía el cuerpo, rodeado por muchos dobleces de lona áspera; nada más que el rostro pálido, descansando en la muerte, y que había quedado hermoso, iluminado por una sonrisa tranquila. Después, rudamente y con gesto brutal, La Hir puso encima un pedazo de lona, y aquel semblante desapareció para siempre.

Barazère tenía padres ancianos que le espera-

ban en un pueblecillo de Francia. Cuando hubo terminado, Ives y Barrada salieron de la cámara mortuoria, empujando á La Hir por los hombros á fin de conducirlo á proa y obligarle á lavarse las manos antes de permitirle beber.

Ambos tenían el corazón oprimido, porque los dos sentían la muerte de Barazère. El mal que los infundía terror estaba ya oculto, olvidado; en sus recuerdos, el amigo muerto se había desprendido de aquellas impurezas de sus últimos días. Veíanle como era cuando tenía hermosura y fuerza, y se enternecían pensando en él.

## XC

Il y a rien d'faud  
Comme un matelot  
Qu'a lavé sa peau  
Dans cinq ou six eaux...

Estábamos en el día siguiente, al salir el sol. La brisa continuaba fresca y viva. El *Primauguet* se deslizaba velozmente y se sacudía en su carrera con ese movimiento fuerte y vigoroso de los

grandes andarines. En la parte interior del buque, los hombres de la bordada de cuarto arreglaban su aseo y tocado de la mañana. Desnudos, parecidos á los antiguos atletas en sus brazos fuertes, lavábanse en agua fría. Sumergían su cabeza y sus hombros en los cubos, cubrían su pecho con espuma blanca de jabón, y después se unían de dos en dos para mejor frotarse las espaldas.

De pronto se acordaron del muerto, y sus cantos alegres cesaron. Además, acababan de ver los hombres de la otra bordada, que subían al mando de un oficial de cuarto, y se alineaban ordenadamente como para las inspecciones. Adivinaron por qué, y todos se aproximaron.

Una gran plancha, completamente nueva, había sido colocada sobre *los filaretos* que le servían de punto de apoyo, de suerte que la mitad de la plancha quedaba dentro del buque y la otra mitad salía de él y estaba sobre el agua: acababan de llevar de abajo un objeto lúgubre que parecía muy pesado; un saco de lona que acusaba una forma humana.

Cuando el cadáver de Barazère fué colocado sobre aquella plancha nueva, todas las gorras de los marinos se bajaron como para enviar al compañero el último saludo; un timonel recitó una

oración, varias manos hicieron la señal de la cruz, y después, á mi voz de mando, la plancha osciló, como la báscula que gira alrededor de su punto de apoyo, y se oyó el ruido sordo de un gran movimiento en las aguas.

El *Primauguet* continuaba corriendo, y el cuerpo de Barazère había caído en aquel abismo, inmenso en profundidad y en superficie, que se llama el Gran Océano.

Miraban algunos con inquietud en la estela: porque sucede en estos casos que cuando el tiburón está allí, un rastro de sangre sube á la superficie de las aguas.

Pero no, no reapareció nada; Barazère había descendido en paz á las profundidades del abismo.

Descenso infinito; rápido al principio como una caída en el aire; después lento, lento, retardado poco á poco por las capas cada vez más densas. Viaje misterioso de muchas leguas, en abismos donde el sol, que se oscurece, semeja una luna descolorida, después adquiere color verdusco, oscila, y desaparece. Entonces principia la oscuridad eterna; las aguas suben, suben, se amontonan sobre la cabeza del viajero, como marea de diluvio que se elevase hasta los astros.

Pero abajo, el cadáver sumergido pierde lo que